

Rojo. Como la sangre aquella noche recorría la ciudad. Ella le estaba esperando cuando sucedió. Fue tan rápido que no tuvo tiempo de presentirlo. Era el día en que cantaba en el Saint Robe's. El dueño le había contratado porque le gustaba la expresión de su cara y la forma en que sus bucles le caían sobre los hombros. Ella sabía que no era más que un baboso.

Pero los dos estaban contentos. Por fin ella había encontrado un trabajo que satisfacía sus deseos. Podría cantar, podría estar delante de una banda de jazz, y él sentado en la pequeña mesa junto a la tenue luz de una vela, compartiéndola con todos aquellos desconocidos. Su voz. Aquella maravillosa voz que una vez le había enamorado, al doblar aquella esquina, al verla cantar por un par de monedas. Un par de monedas que él se había atrevido previamente a robar y por las que le perseguían... tal vez si no hubiesen sido tan caras y tan fáciles de reconocer...

Había pasado mucho, nadie se había parado a pensar en ello. Por qué deberían, si ella por fin iba a cantar en el Saint Robe's. Ahí estaba ella, esperándole, con la banda de jazz afinando, esperando que la gente comenzase a guardar silencio. El humo del tabaco que procedía de la primera fila le parecía más denso de lo acostumbrado. Hacía frío desde aquel pronunciado escote. Y el abismo entre la primera mesa con el cartel de reservado era aún más pronunciado aquella noche.

Pero por fin, por fin él vino. Quizá nervioso por sus tambaleos. Llegó hasta la mesa. Se sentó en ella. Le sonrió. Ella sonrió a su vez. Se giró hacia la banda. Comenzó a cantar. Elena Fitzgerald sería su inspiración aquella noche. Dejó fluir la música en su sangre. Elevó su cara hacia el techo. Su mano reposó sobre su corazón. El rojo de sus labios y de su vestido contrastaba contra la palidez que los focos reflejaban en su piel. Dulce voz, melodía cargada de amargura, que fue la suave nana de réquiem de él.

Porque aquella noche, al ir hacia el Saint Robe's, el baboso le había reconocido. Quería sus monedas, las monedas de Judas. Y con el tañir de las cuerdas del contrabajo al ser afinado, una bala se clavó entre sus costillas. Tuvo tiempo para ir a buscarla, comprobar que estaba bien. Por fin la vio cantar, aunque fuera en el Saint Robe's. Era mil veces mejor que la esquina donde la conoció. Se veía tan... hermosa...

Su sangre resbaló por la mesa, cubriendo el mantel blanco como el vestido cubría la palidez de ella, que en ese momento declamó un agudo que casi ahogó el revuelo del público al sentir el cuerpo de él desplomarse en primera fila. Era la parte más dura de la canción. Un grito desesperado lanzado al aire. Una frase cantada que hablaba del rojo que corría por las venas, y que pronto terminó en un aullido interminable.

*Laurent Chokobita*